

EL JUGADOR N° 12

Lía Berisso*

lberisso@adinet.com.uy

**“Si no quiere discutir,
no hable de fútbol,
de política ni de religión”
Sabiduría popular**

Hay en el deporte dos vertientes bien definidas, el deporte protagonizado en la objetividad material de los cuerpos y el deporte ‘visto’ como protagonización vicaria. El jugador N° 12 vive el partido como propio, suda el también y se regocija infinitamente con el triunfo, que en nada cambiará su vida: hay una apropiación del tiempo libre por la industria cultural y el fútbol es entre nosotros lugar principal de esa apropiación. Los ‘muchachos’ que mojan la camiseta y se lesionan y convierten los goles increíbles, lo hacen por nosotros, en lugar de nosotros, son nosotros. La experiencia del estadio vibrante es imborrable y marca una identificación con nuestro equipo y contra, definitivamente en contra del rival que se identifica claramente con el mal, que nos afirma en un nosotros, el de la hinchada “nuestra”, en un instante de pasión, que vehiculiza ese fervor que nos convierte en el jugador N°12.

Palabras clave: Fútbol y patria, hinchada, pasión, mundialito, gol.

1. Trabajo y tiempo libre:

El trabajo es mediación de la vida del hombre con la naturaleza. En ese sentido imprescindible para toda forma de vida humana. Pero en nuestro modo de producción el trabajo deviene para los más, alienación. Perdida de contacto con el proceso de la producción y con el fruto mismo del trabajo. Y en ese sentido sufrimiento, personal y colectivo.

Las jornadas de trabajo extensísimas, resultaron inconducentes a partir de cierto grado de acumulación capitalista; el tiempo libre emerge como la duración de la necesaria recuperación de la fuerza de trabajo, recuperación física en el descanso ‘animal’, recuperación psíquica de las frustraciones espirituales y morales que aporta el trabajo, en un descanso humanizado.

En el lugar frustrado de goce, autonomía y realización personal se ubican diversos modos de descanso y recuperación y entre ellos con particular destaque, el deporte. En la fosa que separa la cotidianidad, en trabajo como frustración y tiempo libre como intento de vivir la libertad espontánea del sujeto, las alternativas trabajo-goce (que se identifica con el tiempo libre) son vividas como posibilidades

antagónicas. Frustradas en la esfera de lo laboral, las realizaciones personales y colectivas, se desplazan sobre el tiempo libre que aparece entonces como espacio-tiempo de la gratificación, que no se desvela como ilusoria.

Pero el deporte tiene dos vertientes bien definidas, el deporte protagonizado en la objetividad material de los cuerpos y el deporte ‘visto’ como protagonización vicaria. Deporte que es mera contemplación y el grito del hincha que “empuja” a su cuadro, denosta al juez, insulta también a los rivales, el grito, como forma de participación imaginaria, que casi nada puede en la realidad (la verdad) de la cancha. Que es aliento y crispación y el jugador N° 12 vive el partido como propio, suda el también y se regocija infinitamente con el triunfo, que en nada cambiará su vida.

Por una parte entonces, el deporte, efectivamente practicado, no simplemente mirado, forja los cuerpos, los desarrolla y fortalece, configura sujetos más aptos para la producción. Es una suerte de asepsia. Así, el proceso de formalización se da asociado al desarrollo capitalista a nivel mundial: así surgieron los reglamentos escritos en la década de 1840 y se formaron las primeras asociaciones, la FA (Asociación de

Football) en 1863 la RFU (Unión de Football-Rugby). Nosotros lo heredamos, como los otros países latinoamericanos.

El proceso de apropiación por los sectores populares de un deporte que se inició como de élites y extranjerizante, llevó décadas. Cuando se introduce el fútbol en nuestros países -que es el *football*- es patrimonio de clubes y colegios ingleses, inglés será el origen del Club Atlético Peñarol, que comienza su periplo como apéndice del ferrocarril inglés (El Central Uruguay Railway).

El proceso de uruguayización del fútbol es lento y culmina en los éxitos de la selección nacional sentida como propia por todos y donde los apellidos ingleses han largamente desaparecido. Pero del fútbol jugado como deporte por las masas populares, el de la calle y el potrero, de las canchas embarradas y las zapatillas rotas y aún los pies desnudos, al fútbol profesional, devenido espectáculo, en la cancha también, luego en el estadio, pero aglutinando multitudes con los grandes relatos deportivos -con los relatores famosos, nombremos al inolvidable Carlos Solé que llegó a concitar más del 70% de la audiencia y a Hebert Pintos, “el relator que televisa con la palabra”, En otras latitudes se habla mucho de discriminación social en el fútbol, social y racial. ¿Hay en el Uruguay discriminación social en el fútbol? ¿El cuadro opera como símbolo de la ubicación social: los civilizados y los manyas? Nosotros pensamos que no, las barras bravas han proliferado y las sustentan las directivas de los clubes, la violencia está ahí, pero no es un hecho exclusivo del deporte profesional, atraviesa la sociedad toda. Los clubes “grandes” han devenido de masas y el Uruguay es tierra de baja discriminación, claro, sí hay discriminación y nunca es suficientemente baja, pero no tipifica al fútbol. En los clubes “chicos” la identificación es con el barrio como raíz de pertenencia y no se discrimina dentro de él.

Uno se acuerda de frases como aquella, de Hebert Pintos después de una brillantísima actuación Juan Joya Cordero, en ocasión de un gol en una semifinal de la Copa Libertadores de América: "*Aún está sentido el cuero del castigo inferido por el negro*" y a nadie se le ocurría que lo de ‘negro’ fuera peyorativo, ni en el ‘negro’ Spencer, ni en ‘Cococho’ Alvarez, ni en el ‘negro’ Joya, que así los llamaba la afición, con verdadera veneración.

Luego con el fenómeno de la televisión masiva, cuando los aficionados que no concurren al estadio -porque está muy lejos, cuando se juega en el extranjero, también porque las entradas locales se han vuelto muy caras, cuando se juega en el Centenario- y siguen el relato que enfervoriza con indudable carga exitista, sea desde sus hogares, sea desde el bar donde se agolpan los muchachos, como forma de compartir. La televisación del fútbol acerca a la mujer, especialmente a las jóvenes, y desde las propagandas se asume ese fenómeno, que agranda considerablemente el volumen del público.

Decíamos que Peñarol nace como apéndice del ferrocarril inglés. Lo hace en 1891, en los talleres de la villa Peñarol como el CURCC (Central Uruguay Railway Cricket Club). El otro “grande” del fútbol uruguayo, Nacional, surge a impulsos de la juventud universitaria, a quien el Rector Dr. Eduardo Vázquez Acevedo llamaba a superar como raza latina a la anglosajona. Ambos clubes se hibridan rápidamente desde sus raíces hacia lo popular. Subsistirá sin embargo un matiz de clase, que puede verse de manera concreta en los estudios de ventas de entradas y recaudaciones: Nacional vende más, aunque gane menos partidos. Eso es especialmente cierto en la década de oro de Peñarol, según puede verse claramente en un estudio realizado por Franklin Morales en 1969⁴⁹.

Hay entonces una apropiación del tiempo libre por la industria cultural y el fútbol es entre nosotros lugar principal de esa apropiación. Pasamos, los varones jóvenes pasan, del juego del futbol al futbol espectáculo. El espectador tipo del estadio Centenario según los estudios de Franklin Morales antes referidos es un oficinista de 40 años. Y todos, los niños y los viejos participan de la euforia ¡Ganamos! Es un fenómeno de participación vicaria. Los ‘muchachos’ que mojan la camiseta y se lesionan y convierten los goles increíbles lo hacen por nosotros, en lugar de nosotros, son nosotros.

Cuando el Estadio vibra sea por un gol, sea para insultar a un juez, el corazón se arremolina y desde lo alto de la Olímpica yo vibró con él. Esa experiencia que es la de casi todos los uruguayos y algunas uruguayas es imborrable y marca una identificación: el fútbol no es sólo un espectáculo, es una hordalía gigantesca donde nos jugamos todos, del primero hasta el último por nuestro equipo y contra, definitivamente en contra del rival que se identifica claramente con el mal, quien no ha oído

⁴⁹ Ver referencias

(quien no ha dicho) cosas horribles del otro, El Otro, el del cuadro rival - a nivel local, a nivel internacional- que nos afirma en un nosotros, el de la hinchada “nuestra”, en un instante de pasión. que vehiculiza ese fervor que nos convierte en el jugador N°12.

Es una experiencia irracional, apasionada, donde la voluntad es una y recorre la tribuna: ¡hay que ganar! Hablábamos de identificación vicaria. Se triunfa y se sufre en el lugar de otro, de esos muchachos en la cancha que son nosotros y nos distinguen del rival, el tradicional o el extranjero, definitivamente afuera.

Por eso la herida, cuando al director técnico de la selección (era Jorge Fossati y era católico) se le ocurrió en 2005 en un país por lo menos laico, donde la iglesia está tan lejos del imaginario colectivo de la mayoría, ir a implorar la bendición de la virgen de Lourdes para la selección. La anécdota sería baladí si en ella no se conjugaran mito, magia, milagro y devoción y el desconcierto: ¿estábamos tan mal que sólo un ‘milagro’ podía salvarnos? “la peregrinación parecía expresar una silenciosa y desesperada confesión de impotencia deportiva que pocos estaban dispuestos a asumir sin más (...) ese sencillo acto de devoción venía a formular nuevas preguntas sobre el orden simbólico que había servido de amalgama a esta curiosa construcción que ha sido la nacionalidad uruguaya desde fines del XIX hasta acá”⁵⁰. Fútbol y esperanza de redención, salvación que se espera de los once muchachos y se implora a la virgen. Luego el fracaso inevitable.

La pertenencia a un club se hereda, a la manera en que se hereda(ba) la pertenencia a los partidos tradicionales. Las mismas gestas se interpretan y se relatan y viven en el imaginario colectivo de diferente manera. La pertenencia a los clubes llamados ‘chicos’ decíamos, hunde su raíz en lo barrial, en modos de convivencia social. Los ‘grandes’ aglutinan a las amplias mayorías, más allá de fenómenos como el de Huracán Buceo, que supo arrancar hinchas de los grandes, en un fenómeno interesante pero que en definitiva resultó puntual e históricamente sin consecuencias tangibles.

⁵⁰ Véase un interesante estudio sociológico del acontecimiento en el artículo, originalmente publicado en Bitácora (suplemento del diario La República) y luego en libro internacional de Adriana Marrero y Ricardo Piñeyrúa “*«Ora pro nobis».* Fútbol, mística e identidad nacional en el Uruguay moderno” en Ramón Llopis Goig (Ed.), “*Fútbol postnacional*”, Barcelona, Anthropos, 2009, pp. 129-141.

2. El arco como lugar del poder

De Mazurkiewicz a Muslera.

Queremos hablar de un lugar especial de la cancha el arco, en la distancia del ayer glorioso al presente, no tanto pero actual. El tiro penal como condensación del poder. El estadio vibra - el triste destino de los jueces, el que cobró el penal- los unos y los otros, ellos en el medio, vilipendiados siempre. Ese instante supremo donde tantas veces se define el partido mismo, la oportunidad sagrada. Y la definición por penales, la última oportunidad. El temor del arquero. Uno recuerda la maravillosa película de Win Wenders, pero también el temor del hincha, con el alma en un hilo. La pelota, que es mujer se va mansita al ángulo izquierdo mientras el arquero se tira en paloma a la derecha. El silencio antes de que se ejecute el penal. La algarabía que estalla. La vibración de la tribuna. El cemento vibra.

Ladislo Mazurkiewicz se estrenó en un partido fundamental de la Copa Libertadores de América: Maidana el arquero titular se había lesionado y el director técnico (Roque Gastón Máspoli) se jugó al “chiquito”. Desde esa actuación espectacular fue titular y uno de los mejores arqueros que ha visto el mundo. Su trayectoria: 1963-64 Racig, desde 1965 (contaba con apenas 20 años) a 1970 Peñarol, luego pasó por Atlético Mineiro, Granada, Cobreola, América de Cali y volvió en 1981 a Peñarol para terminar allí como campeón uruguayo su singular trayectoria. Uno recuerda, el chiquito que tapa el arco, saltando con los puños cerrados. Vamos a establecer un paralelo con el arquero de la selección uruguaya de hoy.

Fernando Muslera nació en Buenos Aires en 1986 pero es ciudadano natural uruguayo, según el artículo 74 de nuestra Constitución, pues es hijo de uruguayos (¿emigrados?). Tras un breve pasaje por Montevideo Wanders (2004-2006) y uno aun más breve por Nacional (2006-2007) (tenía 20 años, como Mazurkiewicz cuando empezó en la 1ª de Peñarol), desde los 21 años ha jugado siempre en el exterior, en SS Lazio (2007-2011) y ahora en Turquía en el Galatasarav. Tiene también un físico privilegiado.

El paralelo muestra claramente el derrotero de los grandes jugadores uruguayos: del club “chico” al “grande” del “grande” al exterior. Peñarol retenía a sus jugadores y aún traía estrellas extranjeras en la década del 60; el esquema ha cambiado, la economía del país ha cambiado.

Si olvidamos un instante a los arqueros y pensamos en Diego Forlán (el hijo del cariñosamente llamado “boniato Forlán” entrea la derecho de Peñarol en la década de oro) podemos observar, que nacido en 1979, nunca jugó en un club uruguayo de primera división, sino que toda su trayectoria se realiza en el extranjero: En Independiente de Avellaneda (1997-2002 nótese que también desde los 20 años), Manchester United, Villareal, Atlético de Madrid, Inter de Milán, hasta el presente.

¿Son uruguayos nuestros jugadores uruguayos? Sí, como tantos otros tienen que ir a buscar el pan, bueno algo más que el pan y el éxito en el extranjero. Y se profesionalizan un poco más, se extranjerizan, mirando con nostalgia la tierra perdida.

3. Ganamos ¿quiénes ganamos?

Ciertamente no nosotros, ganaron los muchachos que jugaron, y son profesionales, ganaron millones, premios y pases. Ganaron los empresarios del fútbol, y allí son muchos millones. Y nosotros, nosotros festejamos. Y por un momento somos campeones, los mejores de América y del Mundo. O nosotros, los cuartos de hoy, pero festejamos igual, el modesto desempeño.

Uno se pregunta porque tanto festejo por un cuarto lugar. Sin duda los muchachos supieron perder con gallardía y hacía tanto que no se lograba al menos, ni un modesto cuarto lugar...

Uruguay supo ser una potencia del fútbol mundial, por seleccionados y por clubes. Se habla de un cambio de estilo, que no podemos enfrentar el estado atlético de los rivales. Pero los triunfos uruguayos nunca se basaron en un maravilloso estado atlético sino en un estilo de juego. El pase justo, la gambeta, la moña, la imaginación y la creatividad, la “garra” que quería decir hacerse fuertes en la adversidad, no bajar los brazos y enfrentarse al rival como en una batalla, con el corazón y con la sangre de los charrúas asesinados con engaños, nunca derrotados.

Y la hinchada charrúa que no abandona al equipo aunque la suerte le sea adversa: recordemos las primeras estrofas del viejo himno a Peñarol *“Peñarol tu grato nombre, derrotado o vencedor, aunque aliente un sólo hombre siempre viva*

Peñarol”. (a esta altura no voy a negar que Peñarol es el club de mis amores, pero me imagino que los ejemplos se surtirían de otras fuentes con un mismo resultado -hasta allí llega mi tolerancia y la tolerancia espero del lector- que después de todo la tolerancia es una virtud muy uruguaya. Claro en la cancha no hay mucha tolerancia, pero no nos asesinamos. La hinchada va cada vez menos de hecho a las canchas, sigue la transmisión, en familia o en grupos generalmente los jóvenes y festeja, en un carnaval descomedido cualquier triunfo, por pequeño que sea, cualquier derrota si se la puede (¿puede?) calificar de honrosa.

La nacionalidad se constituye en las victorias del seleccionado: Fútbol y Patria. Es mi hija de dos años que agitaba una banderita uruguaya y gritaba ¡gol! .La Patria es eso: un gol.

¿Qué explica la pasión de multitudes? Hay algo más, un plus, que no tiene mucho que ver con lo que pasa en la cancha, el estilo, bautizado ‘garra charrúa’ que encubre la falta de entrenamiento y los físicos débiles frente a los hiperdesarrollados de los europeos, sustituyendo esa potencia material por el juego habilidoso y entusiasta ‘valiente’, por la tradición de las recuperaciones maravillosas después de entrar a la cancha como seguros derrotados, campeones, ¡¡¡ todos somos campeones !!! Es indudablemente un imaginario de victoria vicaria que parece, por demás, la única alcanzable.

4. Fútbol y política : Ejemplos crueles

Hablamos en una “generación del centenario”, de 1924 a 1935, con los triunfos olímpicos de Amsterdam y Colombes (1924 y 1928), con el triunfo en el 1er. campeonato mundial (1930) y en el Sudamericano (1935). Es la época de las grandes obras edilicias del nuevo Estado en ascenso: el monumento a Artigas (1923), el Palacio Legislativo (1925) o el propio estadio Centenario (1930), donde entraba toda la afición; era gigantesco. Era una época triunfalista, en un país que en realidad no podía pagarse tales derroches. Entre las manifestaciones culturales populares, como formas de expresión y relacionamiento cotidianos en torno a referentes sentidos como propios, el fútbol aparecía como elemento aglutinante privilegiado y el Estadio como símbolo de la gloria del país. En el período se consolidaron los modelos de nación y de ciudadanía que se venían gestando desde finales del siglo XIX. Se formó así un imaginario de país que

alcanzó no sólo a las élites sino a la sociedad toda. “Como el Uruguay no hay”

El diario *El Día* se asocia desde los primeros grandes triunfos con la gesta celeste. Cesar Batlle Pacheco viaja a París y escribe crónicas que harán las delicias del público lector, y resalta la figura de Atilio Narancio, la figura del batllismo en la Asociación Uruguaya de Fútbol, liderada por Nacional. Peñarol se margina (o es marginado) encabezado por un disidente del batllismo, Julio María Sosa. No es nuestra intención relatar las idas y vueltas de los factores de poder, sino mostrar cómo el poder político busca congraciarse (que no es lo mismo que identificarse) con el pueblo a través del fútbol. La izquierda permanece impertérrita y denuncia el engaño de las masas (opio del pueblo), sin saber (poder) interpretar el sentimiento popular. No vamos a hablar de la federación roja del deporte, organizada por el Partido Comunista y que no logró ninguna respuesta popular.

La significación del Centenario no sólo representó la construcción de un país sino una lucha política a nivel simbólico. La pugna se establece entre los sectores batllistas frente a los colorados no batllistas y sectores nacionalistas y culmina en el golpe del 33, que además obedece a raíces económicas determinantes y diferencias ideológicas marcadas.

La nacionalidad desde los inicios había estado adherida emocionalmente más a divisas partidarias que a adhesión al Estado. La adhesión a los tradicionales rivales del fútbol repite la antinomia de las divisas. Así el seleccionado y sus triunfos se dibuja como elemento aglutinante y

creador del fervor de Patria que al Uruguay le faltaba.

Importa señalar el caso, del intento de los intentos de apropiación del fútbol por el poder en el centenario. Otro ejemplo más próximo: la dictadura y el “mundialito”: La llamada pomposamente “Copa de Oro”, con la que se intentó utilizar el fútbol para legitimar la dictadura ya en franca decadencia de prestigio y poder.

Es la repetición del drama del Centenario como farsa: la farsa de la dictadura intentando mostrarse a sí misma como pueblo. La mascota del mundialito es un indiecito charrúa que se parece descaradamente a “Pampita” la mascota de Argentina 78. No sólo se copia la mascota: el intento de legitimación arranca de lo logrado bastante efectivamente en el país vecino mientras, como aquí, se reprimía, se secuestraba, se torturaba, se violaba, se desaparecía. Fue un fracaso.

La canción oficial de la Copa de Oro rezaba “un tesoro de amistad, paz y libertad”, las tribunas coreaban “se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar”. La identidad nacional que se venía formando, asociada con el fútbol, decanta en rebeldía: tal cosa es la garra charrúa: rebeldía que es amor a la libertad, sin mentiras, sin engaños, con la frente alta y el corazón animoso: *ay! de vosotros que habláis de paz sabiendo que no hay paz.*

El jugador N° 12 está ahí, indómito y seguro del triunfo, de la celeste, identificada con el gol, alzando las banderas. Luego ¿hay engaño? Pues sí, lo hay, pero nuestro corazón sigue estando, palpita en el rincón de arriba de la Olímpica, esperando otro triunfo. ¡¡¡Gol!!!

Lugares sugeridos al lector para seguir leyendo sobre el tema:

Alabarces, P., *Fútbol y patria*, Buenos Aires, Prometeo, 4ª ed. corregida y aumentada, 2008.
Di Giano, R., *Fútbol, poder y discriminación social*, Buenos Aires, Leviatán, 2010.

Referencias

Marrero, A y Piñeyrua, R. (2009) “«Ora pro nobis». Fútbol, mística e identidad nacional en el Uruguay moderno” en Ramón Llopis Goig (Ed.), “*Fútbol postnacional*” (129-141) Barcelona, Anthropos.
 Morales, F (1969) “Fútbol: Mito y realidad”, *Nuestra Tierra* N° 22, Montevideo.

*Lia Berisso: Ingeniera, Licenciada en Filosofía, Docente del Depto. de Filosofía de la Práctica (Instituto de Filosofía, Facultad de Humanidades de la UdelaR. Co-encargada del curso 2012 de Filosofía en América Latina. Libros recientes: “Una teoría de John Rawls explicada a mi hija”(2008) y en coautoría “Introducción al pensamiento uruguayo” (2011). “Introducción a la renta básica universal” (LB comp. se encuentra en prensa).

